

Para la hora del “Ángelus”.

Jueves, 26/03/2020

En 1960, el libro del Éxodo inspiró a Otto Preminger “Éxodo”, una superproducción cinematográfica sobre el nacimiento del estado de Israel después de la tragedia del “holocausto”. En 2014, ha vuelto a inspirar, esta vez a Ridley Scott, otra película titulada “Exodus: Dioses y Reyes”, en la que convierte a Moisés en el protagonista de una gesta épica: liberar a 600.000 esclavos judíos del dominio de Ramsés, faraón de Egipto. Pero ni una ni otra dan cumplida cuenta de lo que dice el libro bíblico. Éste dice que el verdadero protagonista fue Yahvéh, el Señor, que había visto la aflicción de su pueblo y bajó a liberarlo.

Después de atravesar milagrosamente el Mar Rojo y verse libres de los caballos y carros del Faraón, aquellos esclavos “creyeron en Yahvéh y en Moisés, su siervo”, y emprendieron el camino hacia una tierra “que mana leche y miel”. Pero muy pronto se enzarzaron en un manojo de contradicciones. El camino hacia la libertad siempre es duro: el desierto era inhóspito y el aguijón del hambre y la sed, inevitable; y empezaron a murmurar contra Moisés y a añorar las cebollas que comían en Egipto. ¿Dónde estaba Dios?, se preguntaban con ira. El pobre Moisés no sabía qué hacer con aquel pueblo, que ante las dificultades que la vida lleva consigo, murmuraba contra Dios, a pesar de haber visto sus obras.

La primera lectura de este día nos recuerda la contradicción más fuerte. Moisés estaba en lo alto del monte, hablando con Dios, y Dios le urgió a bajar con estas palabras: «Anda, baja del monte, que se ha pervertido tu pueblo. Se han hecho un toro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Este es tu Dios, el que sacó de Egipto”». Aquellos israelitas soportaban mal el silencio de Dios. Moisés llevaba días en lo alto del monte y les faltó la paciencia: “necesitaban” urgentemente algo palpable que alimentase su confianza y, en un ataque de estupidez, se hicieron un becerro de oro. Como luego dijo el salmista: “cambiaron la gloria de Dios por la imagen de un toro que come hierba” y que, además, era obra de sus manos. Así es la idolatría, que a todos nos tienta alguna vez: nos incita a llenar el silencio de Dios con soluciones rápidas y elaboradas al modo humano; nos lleva a confiar en las obras de nuestras manos más que en la promesa de Dios. Si Jesús no hubiera soportado el silencio de Dios cuando lo crucificaban, ahora sólo contaríamos con una redención de cuño terreno, en la que el bien se impone sólo por la vía del castigo y del miedo, no de la libertad y el perdón.

En este tiempo de desolación, que nos produce el virus, podemos dedicarnos a buscar culpables; pero haríamos mejor en meditar lo que significa buscar siempre el bien porque queremos para todos lo que Dios quiere, y en ejercitarnos en el perdón porque también nosotros hemos sido perdonados, tal como lo percibía uno de nuestros mejores poetas, Lope de Vega, y plasmó en este soneto, que os invito a rezar:

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
tú, que hiciste cayado de ese leño,
en que tiendes los brazos poderosos.

Vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguir empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, Pastor, que por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres,

espera, pues, y escucha mis cuidados.
Pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados?